

El gato

Eduardo Mieres

Image not found.

Capítulo 1

El Gato

Cuando chico me decían el Gato porque me lo pasaba subiéndome a los techos de las casas de mis amigos y a los árboles grandes de la avenida Fuenteovejuna, adquiriendo, con la práctica, una notable agilidad, no alcanzada por ninguno de mis amigos que yo supiera. Ya sea a las tres de la tarde en el verano o a las once de la mañana de cualquier domingo se me podía escuchar, así me lo decían, con unos sonidos fuertes y relampagueantes, como un gran estruendo que hiciera presagiar lo peor, como si se fuera a caer la casa misma, pero al pasar yo tan rápidamente como había llegado, volvía una calma que, tras mi paso, era mucho más valorada y sentida repentinamente como algo muypreciado. Este hábito y gusto no me trajo al principio nada más que malos ratos y soledad, pues, como adivinarán, a ningún padre podría yo parecerle una buena compañía para su hijo, ya que, al decir de ellos, era muy irresponsable conmigo mismo porque arriesgaba mi vida con cada subida o bien porque no respetaba el merecido descanso al que todos tenían derecho; lo que pasaba era que me encantaba aprovechar cualquier tiempo libre que tuviera para subir a una altura que podía cuadruplicar mi estatura, todo para sentir ese vértigo de aire libre que me fascinaba reencontrar allí arriba siempre; así vistas las cosas, el ejercicio de mi deporte estaba en una relación directamente inversa al bienestar de mis vecinos, por lo que las molestias que causaba mi experiencia de libertad eran muy frecuentes, trayendo en resumen la disposición de que todos los niños del barrio tenían prohibido juntarse conmigo, lo que, de todas maneras, no duró mucho, como verán.

Aunque los padres de los que serían mis amigos no querían saber nada de mí, no puedo decir que pasara lo mismo con las madres, comenzando con la mía propia. Inicialmente fueron tres los padres, los que fueron a mi casa para hablar con los míos, molestos y preocupados *por mí*, eso dijeron, pidiendo que por favor tomaran cartas en el asunto, *por mi bien*. Luego de que mi papá me preguntara por lo que le habían dicho los vecinos y no me dejara explicarle lo de la libertad y todo eso, me cortó en seco diciendo que no lo hiciera más, pero, lo que me dijo mi mamá fue algo totalmente diferente, ya que, luego de reírse al escuchar lo que hacía en los ratos libres, especialmente en aquellos en los que los demás aprovechaban de descansar, me dijo simplemente, Cuídate.

Así bien, en una buena mañana en la que estaba practicando mi deporte sin nombre, concentrado en cómo alcanzar la parte más alta de un techo en forma de v, vi algo que no me esperaba pero que recibí con mucho agrado. Puesta mi vista en el horizonte, calculando mentalmente el salto que debería dar, casi ni me sorprendí cuando, a sólo un par de casas por delante, vi aparecer la cabeza de un niño que estaba, como yo, subiéndose al techo por el puro placer de explorar un terreno desconocido, y conquistarlo. Era el Jaime, fue el primero de los que serían mis amigos posteriormente.

Luego de la reprimenda de mi padre, y para que por un tiempo los vecinos no fueran a mi casa a sembrar la mala fama, decidí especializarme en los árboles de mi calle, Fuenteovejuna, subiéndolos todos hasta lo más alto que pudiera, llegando a conocerlos tanto como la palma de mi mano, no sin siempre tomar todas las precauciones que se me ocurrieran, pues sabía que lo que inventaba en cada subida era un conocimiento preciado, debía cuidar, por tanto, la fuente que sustentaba mis exploraciones, es decir, mi cuerpo. Como supuse, a ningún vecino se le ocurrió ir a mi casa a profesar ninguna sensibilidad en favor de mi integridad pues se conformaban con que me alejara de sus techos. Solo recientemente los había comenzado a explorar nuevamente, pero haciendo mis rondas en unos horarios más amables para las familias de mi barrio, omitiendo algunas casas en mis recorridos, especialmente en las que tenían a un recién nacido o en las que vivían abuelitos. Me puse en el lugar de ellos, y hacer esos cambios era lo correcto.

Una vez que me hube encontrado con el Jaime en el techo aquella vez, en los días siguientes de ese verano más y más niños comenzaron a subirse a los tejados y a los árboles, fue todo un acontecimiento, y con varios de mis amigos nos conocimos en esas alturas cuando nos encontrábamos por casualidad allá arriba. Esa situación nos creó de inmediato un sentimiento de complicidad e independencia único pues estábamos experimentando la libertad en nuestros propios términos, aun cuando no pudiéramos traducir eso en palabras. Nos sonreíamos cuando nos veíamos en los techos y conversábamos después, en tierra, largo y tendido acerca de las dificultades del desplazamiento, ayudándonos mutuamente con el saber que cada uno iba adquiriendo, como también nos contábamos acerca de las proezas realizadas, es decir, la conquista de árboles altos y enmarañados como de techos viejos, y por lo tanto peligrosos por la fragilidad de su material, largos o empinados. Aprendíamos a superar miedos y a conocer el valor de nuestras habilidades al ponerlas en práctica.

Luego de que el Jaime, el Marcelo, la Joaquina, el Javier y yo mismo anduviéramos y viviéramos como verdaderos gatos en una región totalmente anormal para el resto de la gente de mi barrio, ningún adulto o padre sabía qué hacer ni cómo detener a esa sociedad aérea y gatuna que se había formado espontáneamente luego de la iniciativa de un niño, era muy divertido escuchar el desconcierto de los grandes respecto de nosotros, desconcierto que, para mí, nacía de la incompreensión respecto de lo que vivíamos al hacer lo que hacíamos, pero en realidad poco y nada podían hacer pues sólo bastaba un rato libre para escabullirnos, mirar hacia arriba y luego colocar las manos en las paredes, ventanas o ramas para ver esa gran distancia que nos separaba del suelo.

Los adultos finalmente se dieron por vencidos y, alentados por nuestras madres que para sorpresa del grupo parecían aprobar nuestro pasatiempo, convencieron a sus maridos de que nosotros sabíamos lo que estábamos haciendo, lo que trajo por consecuencia el que ya no nos forzaran más a bajar a gritos de las alturas, si no, tal como me lo dijera mi mamá, nos pidieran que nos cuidáramos. A lo mejor más de alguno

nos envidiaba sin reconocerlo. Años más tarde conocería el dicho que se aplicó muy bien a esta situación, el que dijera que si no puedes ir contra tu enemigo, únete. Nos sentimos con poder pues sentíamos que habíamos ganado un espacio para nuestra libertad, fue un punto para los niños.

Ya más grande, mi gusto por las alturas y el aire continuó, y fue genial para mí conocer el pasatiempo de la escalada y el trekking donde reencontré ese vértigo y adrenalina que me encantaba de niño, aunque nunca a como lo fue en aquel tiempo.

Con el grupo, luego de extasiarnos subiéndonos a cuánto árbol le pusiéramos los ojos, y conociendo el barrio desde un punto de vista que nadie más que nosotros lo conociera, comenzamos también a hacer otras cosas, a buscar otros juegos, en tierra todos ellos. En esto descubrí con el grupo que me gustaba mucho sentirme acompañado, y conversar y echar bromas era lo importante, más que el juego específico que estuviéramos realizando, en ese sentido, cambiar las alturas por la risa fue natural e inconsciente, fue mucho mejor.

Recordando, el apodo me lo puso el papá del Jaime un día que estaba en su techo, quien no sé si me lo dijo para avergonzarme buscando que yo desistiera de lo que estaba haciendo o si simplemente me lo dijo porque le divertía el extraño juego que me negaba a dejar, en todo caso, eso permitió que otros también me siguieran la pista, picados por la curiosidad. Mi juego me sirvió para hacer mis primeros amigos en el barrio pues había llegado hacía poco tiempo y me costaba acercarme a los niños, era bien tímido en ese entonces, pero gracias a mi gusto por las alturas pude encontrar un modo de entretenerme y también indirectamente provocar en otros el deseo de divertirse y experimentar lo que estaba haciendo sólo con mi cuerpo, inventando una relación nueva con las casas y los árboles, descubriendo, para mí, con otros y en mi corazón, el amoroso secreto del aire: la libertad.

Eduardo Mieres